II

ENTRE las poesías de Roa Bárcena llaman ante todo la atención las leyendas. *Diana,* escrita á los veinticuatro años, parece haber sido su hija predilecta. Lo prueba la edición que cuarenta años más tarde hizo del poema; honor que no concedió á otros frutos de su pluma. Pero aunque todos tenemos una *conciencia literaria,* que nos hace preferir ciertas producciones á otras, y conocer sus defectos y sus cualidades, no es menos cierto que á veces engaña el amor paternal, y lo que el autor juzga inservible, el público considera diamante abandonado entre el polvo, y viceversa. A mí se me figuran superiores á *Diana, Ithamar*, y la *Cuesta del Muerto:* otros dan la preferencia á las *Memorias de un Peregrino.*

Hablemos ante todo de *Ithamar*. Es un episodio de la *Cautividad de Babilonia;* y los hechos históricos, narrados ya en los Libros Santos, ya en los autores profanos, están hábilmente aprovechados en lo que

inventa y finge el poeta, de tal suerte, que á primera vista no es fácil descubrir cuál es ficción y cuál historia.

La admirable estrategia de Ciro para entrar en Babilonia desviando el curso del Eufrates, no ha tenido imitadores en los tiempos modernos. Es cierto que con las máquinas de hoy día no necesitaba Moltke entrar á París por el lecho del enjuto Sena. Pero ni Napoleón ni el Gran Capitán poseían los medios de destrucción tan comunes en nuestros días, y con todo no imitaron á Ciro. Esta maravilla de ingeniería Persa forma el cuadro final del poema; ya veremos los pocos rasgos de mano maestra con que está trazado.

No es menos bella la descripción de la Cena de Baltasar, en que el poeta, sin alterar la narración Bíblica, nos introduce junto á sus héroes á la Sala del festín, y nos hace presenciar episodios que no están en el Libro inspirado, pero que no desdicen de su severidad y poesía.

Harto común ha sido en todos tiempos que los deportados, cautivos ó prisioneros de guerra, se identifiquen con el vencedor; y olvidando, ó sin olvidar su suelo natal, consideren segunda patria el lugar de su destierro, la sirvan con lealtad y lleguen á ocupar altos puestos. Mil ejemplos se pueden citar en la historia antigua y en la moderna; pero ninguno tan notable como el de los Hebreos que fueron conducidos á Babilonia. *Colgaron, sí, sus arpas á orillas del Eufra-*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

tes, y rehusaron entonar los himnos que sólo en Salén habían de resonar. Pero cuando se trató de volver á Sión, pocos, comparativamente pocos, fueron los que se aprovecharon de la libertad que Ciro les dejara. Unos olvidaron por completo al verdadero Dios; otros, como el profeta Daniel, sin renegar de su religión, aceptaron altos cargos. Otros, sin olvidar á Solima, aunque siéndole á veces infieles, sirvieron al extranjero; pero arrepentidos volvieron á su patria y á su religión.

Uno de éstos fué el héroe del poema. Enamorado Ithamar de la hermosa Epha, por ella sirve al Rey Baltasar entre sus guardias escogidos, por ella se finge idólatra y vuelve la espalda á Jerusalén. Pero se prenda el Monarca de su prometida, y los celos lo hacen comprender la gravedad de su culpa, y después de mil peripecias, resuelve dejarlo todo y volver á Israel, solo ó con su amada.

He aquí la trama del poema ITHAMAR. Lleva la fecha de 1848. No necesitaba el poeta haberla estampado. Los versos vigorosos, bien medidos y llenos de fuego, nos revelan que es un joven de veintiún años quien pulsa el laúd. La fecha misma nos recuerda que entonces estaban en boga las leyendas orientales de Zorrilla, el Cantar de los Cantares y los salmos traducidos por Pesado, y las poesías sagradas de Don Manuel Carpio. En estas flores libaban todas las mariposas de aquella época, y en *Ithamar* encontramos,

desde el principio hasta el fin, reminiscencias de todos ellos. Es tiempo ya de citar algunos trozos:

—«Déjame acariciar de tu cabello
Las trenzas blondas, y aspirar el ámbar
De tu boca gentil. ¿Qué magia tienen
Tus ojos, que las almas encadena?
A mi atónita vista, las mujeres
Que Babilonia en sus jardines cría
Pasaban, y mirando su belleza
Mi ardiente corazón se estremecía.
Pero te ví después, y desde entonces
Sólo por tí respiro, Epha adorada.»

Con esta vigorosa imitación del Cántico Salomónico empieza el primer canto del poema, que es todo un diálogo de amor y religión entre el héroe y su amada, interrumpido un momento por el hermano de ésta, que viene de parte de Baltasar á invitarla al festín. Desde luego se despiertan en Ithamar los celos que podemos llamar *regeneradores,* porque le recuerdan á su patria y á su Dios, olvidados por el amor de una extranjera. Acababa de decirle:

«.....Al Rey ayer miraba
Que se encontró contigo irreverente
Y en tí clavó la vista.....
¿Por qué te miró el Rey? ¡Ah! Yo quisiera
El pecho atravesarle con mi espada.»

Ahora, al oir el convite ineludible, se encienden más y más los celos y exclama:

—«Epha, ya tú lo ves. El Rey procura
Usurparme tu amor y tu belleza,
Y yo infeliz —dijo Ithamar, fijando
En su amada los ojos con tristeza—
¿Te perderé, cuando por ti olvidaba
Mi Dios, mi patria?.....
.....—Como guerrero
Del Rey en el ejército empleado,
Tengo entrada al festín. ¡El Rey se guarde
De hacer, á mi despecho, en esa hora
De su poder en tu hermosura alarde!

Para disipar la tristeza y calmar los furores de su amado, le ruega Epha que cante alguna canción de su tierra natal. Descuelga Ithamar su laúd, y entona el salmo *Super flumina Babylonis*. Este himno del Israelita prisionero en Babilonia es una revelación para la inocente Caldea, y se entabla el siguiente diálogo, que no puedo menos que reproducir íntegro:

—«Dime ¿por qué ensayaste á mis oídos
Esa canción? ¡Insultas á mi patria,
La cuna de mis padres! ¡Extranjero!
Nuestra hospitalidad mal recompensas.
¿Dónde oiste ese canto?
—Lo compuso
Pueblo infelice que se vió cautivo
Dentro de aquestos muros. Considera
Que el vencedor con despiadada furia
Destruyó sus hogares, arrasando
La sólida muralla: el campo fértil
Víctima fué de su rapiña, y luego

Trajo aquí maniatadas sus mujeres,
Sus ancianos y niños. Al mirarse
Esclavos entre idólatras, lloraron
Cuando del patrio suelo se acordaron.
¿Qué extrañas tú, que en sus lamentos ellos
Votos formaran de una atroz venganza?
Un pueblo altivo que se ve ultrajado
Siente alivio soñándose vengado.
Terrible hueste á Babilonia cerca;
Sus moradores hoy duermen tranquilos.
No saben que la hora de quebranto,
De esclavitud y muerte se avecina,
Que escrita está de su ciudad la ruina.
Por merecer tu amor, he combatido
Contra el Persa y el Medo. ¡Empeño inútil!
Terrible es su pujanza, y vencedores
Ellos al fin serán..... y yo, infelice,
Preso en las redes de tu amor, mi patria
Abandoné traidor, y tiemblo acaso
Por el destino que á la tuya espera,
Cuando gozarme impávido debiera
Sólo en su destrucción.
—Calla, insensato.
¿Por qué mi corazón te dí sencilla
Sin conocerte? Un hórrido misterio
Tu proceder oculta. Dí ¿traicionas
A mi país? No en vano de los dioses
Por la noche el acento oigo severo
Que me grita en el fondo de mi alma:
¿Por qué diste tu amor á un extranjero?
Dime, pues, Ithamar, ¿cuál es tu origen?
—Diciéndolo tal vez me aborrecieras

Y si tu amor perdiese, moriría.
—Mal comprendes mi amor tú si no sabes
Que aborrecerte yo jamás podría.
Mi delicia es amarte; mas ingrato
Viertes amarga duda en este pecho
Que, al escucharte, de temor palpita.
Dime tu origen, ó me alejo.
—Aguarda.
—¿Eres?
—Te lo diré, *soy Israelita*.»

Con esta valerosa confesión termina *ex-abrupto* el canto primero. El segundo empieza con una serie de brillantes octavas de pronunciado sabor épico. Se conoce que el autor había cerrado sus libros favoritos, y acababa de inspirarse en Moratín y Martínez de la Rosa, poetas también muy en boga en aquellos días. Juzgue el lector:

«Ciro, de frente noble y espaciosa
En que de inspiración luce la llama,
De los placeres de una vida ociosa
Huye, y la guerra y sus peligros ama.
Ciñese ya corona gloriosa,
El orbe todo vencedor le aclama;
Falta una joya á su corona, empero,
Y Babilonia la dará al guerrero.
En la muralla la maciza puerta,
Ciudad maldita, cerrarás en vano
Si el enemigo á desaguar acierta
El lecho del Eufrates soberano;

Caminando por él, entrada abierta
Tiene, y en tanto, en el festín liviano
Encenegada en lúbricos placeres,
Beoda tú, sin conocerlo, mueres.»

Entretanto, Ithamar, dentro de la Ciudad, devorado por los celos, ya se asoma á la muralla sin lograr observar los movimientos de Ciro, ya discurre por las calles que conducen al palacio de Baltasar; y en bien encadenados tercetos hace su examen de conciencia.

«¡El Rey es su rival! Luego, pensando
En su estado interior, vino á su mente
De sus hermanos el cariño blando;
. . . . . .
Y ahora en el país del enemigo
Eterno de sus padres, arrastraba
Remordimiento sórdido consigo.
Pues cuando á la ciudad triste llegaba
Con Epha se encontró, y al conocerla,
Su alma de su belleza quedó esclava.
. . . . . .
Dió por ella al olvido el patrio suelo,
Dios, familia y amigos, sin más norte
Que ver premiado su amoroso anhelo.»

Termina el examen de conciencia con estos endecasílabos, más ó menos libres; pero todos armoniosos y valientes:

«¡Quién sabe si aquel Dios que los tesoros
Abrió del porvenir á sus profetas

A fin de que anunciaran el castigo
De la Ciudad gentil, tocó en el alma
Del joven de Israel cuerda sensible!
. . . . . .
¡Quién sabe! Que Ithamar consigo á solas
Aquella noche, en lo interior del alma
Oir creyó la voz de su conciencia
Que le dijo: *abandona esos amores,*
Torna presto á la tierra de tus padres,
Desagravia á tu Dios. Ithamar dice:
Si Epha abriera sus ojos, hoy velados
Al rayo hermoso de la luz del cielo,
Y el culto de mis padres abrazara,
Conmigo hacia Israel la llevaría. . . . . .
Mas si Epha á seguirme no se atreve
Y á despreciar mi amor está dispuesta,
Mañana salvaré yo solo el muro
De Babilonia, sí.—¿Lo jurarías?
Se preguntó á sí mismo, y en voz alta
Se respondió sin vacilar: *Lo juro.*»

Seré más parco en citas al analizar el canto tercero. Al tratarse de la *Cena de Baltasar,* á todo mejicano viene á la memoria la poesía de Carpio, que aprendió en la escuela, y ha acostumbrado recitar en la juventud. Así me ha sucedido; y queriendo refrescar mis recuerdos, la he vuelto á leer detenidamente para poder hacer comparaciones. En el parangón he dado la preferencia á la de Roa, á pesar de no haber éste pretendido hacer una descripción completa del famoso festín. Pero con pocas pinceladas de mano maestra

traza un cuadro tan bello y tan perfecto, que sólo leyéndolo íntegro se puede apreciar debidamente.

Seguimos con interés á Epha, que llamada por Baltasar se acerca, temblando, á su trono, y busca en vano á su amante que la defienda.

«Al fin llega Ithamar, cuando giraba
En el festín la cincelada copa. . . . . .
Deseoso
De hacer alarde el Rey de su riqueza. . . . . .
Manda que traigan los sagrados vasos
Que un tiempo al culto del Señor sirvieron
Allá en Salén, y de espumoso vino
Llenos en el instante todos fueron.
Insensata la turba en ellos liba,
Y el Monarca también, que los ofrece
A su vez á Ithamar: éste, indignado,
Le rechazó con denodado brío,
Diciéndole: «Ese Dios de quien te burlas
Es el Dios de mis padres: es el mío.»

En el instante en que va á estallar la cólera del Rey, aparece la mano celeste que traza las indescifrables palabras: Mane, Thecel, Phares. Todos quedan estupefactos y nosotros participamos de su estupor, y con ansia aguardamos á Daniel, que pronuncia la terrible sentencia. La descripción es magnífica, sin que se altere el texto ni se disminuya la fuerza del lenguaje bíblico. Así es que al notar el lector que sigue la danza, y el festín se convierte en orgía, no acierta á

UNIVERSIDAD DE NUEVO L...
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
...1025 MONTERREY, MEXICO

comprender la indiferencia de aquel Rey y aquel pueblo, ante las amenazas de Dios y los asaltos del enemigo que llega á sus puertas. El término sublime de la inmunda bacanal, requiere que lo cite en su mayor parte.

«Tiró el pudor la máscara: al instante
Ósculo impuro por doquier resuena.....
A Epha, Baltasar en brazos toma.....
De cólera Ithamar lanza un rugido,
Y al pecho del Monarca dirigido
Súbito brilla su afilado acero.
Mas no le hirió, que en el instante mismo
Álzase afuera un alarido horrendo
Cual salido del fondo del abismo,
Y el aire puebla desacorde estruendo.
Inúndase el salón de gente extraña
Que á cuantos allí ve, hiere con saña.
Retrátase en los rostros el espanto,
El Rey sucumbe por el Persa herido,
Y las mujeres que su encanto han sido
Piedad imploran con inútil llanto.»

¡Magnífica conclusión, digna de tan hermoso poema! Un breve epílogo nos hace acompañar á los fugitivos esposos lejos del desviado Eufrates, y seguirlos hasta los muros de la Ciudad Santa de Jerusalén.

Si en sus últimos años hubiera hecho Roa una nueva edición de Ithamar, yo le habría aconsejado que no aguardara al tercer canto para presentarnos la hermosa figura de la bella cuanto implacable *Aurora*.

Tal como la puso, parece algo forzada su fugaz aparición.

También le habría sugerido que en el canto primero, tradujera en diverso metro el himno del Israelita prisionero en Babilonia, ó que lo omitiera por completo. Pero estoy seguro que no habría escuchado esta segunda observación. El salmo *Super flumina Babylonis* respira poesía en cada una de sus frases y ha formado en ciertas épocas la delicia de los traductores Italianos y Españoles. Descuella, entre todas, la paráfrasis de Jáuregui. La dulzura y atrevimiento de la del Italiano Mattei cautivó á Don José Joaquín Pesado y le sugirió su inmortal versión.

«Del Eufrates sentado en la orilla,
De Judá me acordé con tristura,
Y al mirar su marchita hermosura
La corriente con llanto aumenté.
De memorias funestas y amargas
Sólo vive el dolor que alimento:
En un sauce, ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué.»

La dulce armonía de estas estrofas, la boga que alcanzaron por muchos años, y la gloria que dieron á Pesado, movieron á cuantos entonces cultivaban las musas á hacer esfuerzos por imitarlos. Todos quisieron traducir el mismo salmo, y todos de un modo diverso, en diferente metro, y en estilo desemejante.

Don José Sebastián Segura se había dedicado á estudiar el hebreo, y quiso desde luego hacer alarde de sus conocimientos, adoptando la siguiente medida:

A los márgenes
Umbrios,
De los ríos
De Babel,
Presos míseros
Llegamos
Y lloramos
Por Salem.

Se le figuraba que remedando el retintín con que su maestro leía los versos del Salterio Hebraico, imitaba perfectamente su ritmo y cadencia con un metro tan poco á propósito para un Salmo tan sublime. En mis diversos viajes á Tierra Santa, al oir á los Judíos leer su Biblia, con cierto sonsonete que hacen más enfático los sollozos, nunca he dejado de acordarme de la traducción de Segura. Hubo otras todavía más raras. Roa quiso hacer la suya más seria y solemne, y se me figura que no fué feliz. Juzgue el lector por la primera estrofa:

«Llorando á orillas del undoso rio,
Presos en Babilonia, nos sentamos,
Y nuestras harpas en el bosque umbrio
Al acordarnos de Salem, colgamos.»

¡Ojalá no tenga yo razón!

III.

«LAS Musas embellecen cuanto tocan,» ha dicho un poeta griego, y en pocos casos se verifica este aforismo con tanta exactitud como en la leyenda *Diana*. Si la despojamos de las riquísimas galas de la poesía que la cubre y la transforma, no queda sino un esqueleto prosaico y sin atractivo alguno. El argumento es trivial; se reduce á unos amoríos, ó más bien *flirtation* (como dicen los Ingleses) sin fundamento ni constancia, como son tan frecuentes en los vapores y en las fincas de campo. Uno de los *calaveras*, amigos del protagonista, los describe en los siguientes lacónicos versos (parte 3ª):

«¿Qué nos refieres de tu novia muerta?
Sabemos que después enamoraste
A nueva joven con dinero y fresca,
Que te ha dejado fresco, según dicen,
Sin dinero ni amor.»

El enredo es más cómico de lo que pudiéramos es-